

«EN LOS BARRIOS ESTAMOS LISTOS

PARA UNA ALIANZA CON TRABAJADORES Y EMPRESARIOS»

Con una activa presencia en prensa, radio, televisión y redes sociales, la Asociación Civil Radar de los Barrios se ha consolidado como una importante referencia en el activismo comunitario. Su coordinador, Jesús Torrealba, insiste en la importancia de cultivar la noción de ciudadanía en los sectores populares, además de derribar los prejuicios que dificultan la integración de los venezolanos.

MUCHOS VENEZOLANOS se despiertan con Jesús Torrealba. Su voz se escucha primero que el himno nacional. Rodeado de ejemplares de la prensa matutina, invita a su audiencia a construir juntos el amplio trecho que separa a los dichos de los hechos, poniendo así de manifiesto su trayectoria de activista comunitario.

Con el proyecto «Radar de los Barrios» Jesús Torrealba expone ante la opinión pública una realidad social que muchas veces incomoda al poder político. También se las arregla para mostrar el rostro descreído de quienes perdieron el miedo y buscan unidos las mejoras necesarias para sus barrios y urbanizaciones populares. Con el deseo de trazar la cartografía emocional de la Venezuela humilde, *Debates IESA* consulta la opinión de Jesús Torrealba. En la conversación estuvieron presentes Ramón Piñango, Virgilio Armas Acosta y Rafael Jiménez Moreno, del equipo de redacción.

Debates IESA: Por la naturaleza de su actividad periodística, usted es uno de los pocos que puede servir de intermediario entre el

país político, polarizado en sus percepciones y sentimientos, y las numerosas comunidades populares que dan vida al país «verdadero», ese país agobiado por la pobreza, la precariedad de los servicios públicos y la inseguridad. A su juicio, ¿en qué medida se desconoce la Venezuela de los sectores populares?

Jesús Torrealba: Los sectores políticos, económicos y sociales cuyas opiniones suelen ser recogidas ampliamente en los medios de comunicación acostumbran autodenominarse como «el gran país», en contraste con el país presuntamente «periférico» o «marginal». Las realidades cuantificables no acompañan esa prepotencia. En realidad, el gran país está constituido por los sectores populares: Aquí el 54 por ciento de las personas vive en barrios, asentamientos cuyo crecimiento no es planificado ni acompañado por una adecuada red de servicios públicos. Existe otro 16 por ciento de la población que vive en las llamadas urbanizaciones populares, complejos residenciales contruidos hace años por el viejo Banco Obrero y

el Inavi. Casi todos esos edificios carecen de una política de mantenimiento, por lo que sus habitantes han visto empeorar sensiblemente su calidad de vida. Cuando uno suma los dos sectores, descubre que siete de cada diez venezolanos viven en espacios socialmente segregados y económicamente deprimidos. Por otra parte están los venezolanos que viven en la cuadrícula urbana, tienen empleo en el sector formal de la economía, inscriben a sus hijos en buenos colegios y participan de manera activa en el debate ideológico. Ellos forman «el otro» país, muy importante también, pero claramente minoritario.

Esta realidad es percibida por algunos sectores empresariales. Por ejemplo, la banca privada descubrió que existe el país de los barrios, el país popular, y supo transformar una obligación legal —el mantenimiento de las carteras de microcréditos para determinadas áreas productivas— en una oportunidad de negocios, en una nueva modalidad para captar clientes y recursos. Los banqueros comprendieron que no tenía sentido pelear encarnizadamente por el 35 por ciento de los venezolanos bancarizados,

¿De dónde viene Jesús Torrealba?

Mi lengua materna es el habla del barrio; por eso los códigos de lo popular no me sorprenden ni escandalizan. Mi primer hogar fue un apartamento en la urbanización 23 de Enero. Mi papá fue fundador de los primeros sindicatos metalúrgicos de Caracas y mi mamá fue activista sindical en la rama textil, militantes ambos del Partido Comunista de Venezuela. Conocí junto a mi familia los avatares de la clandestinidad y la persecución, por lo que viví mi infancia en barrios populares de varias ciudades del interior del país. Cuando la familia regresa a Caracas fijamos residencia en Los Magallanes de Catia y luego en Caricuao. Así como en Venezuela ningún proyecto económico de gran envergadura resultará viable si no toma en cuenta la capacidad de consumo de los pobres y la energía productiva de los sectores populares, de la misma forma ningún proyecto político será realmente exitoso si no se hace desde, para y con los sectores populares. Para el discurso político chavista los pobres son una excusa. Para el discurso político opositor los pobres son «audiencia», «público». Necesitamos un proyecto integrador, capaz de asumir que aquí los pobres no son «un nicho» en el mercado. En Venezuela, desde el punto de vista económico, social y político, los pobres son el mercado. Y para lograr una vida con dignidad, justicia y belleza no necesitan el autoritarismo militarismo de ahora, ni el paternalismo burocrático de antes, sino educación de calidad y empleo productivo.

cuando el 65 por ciento del país produce sin apoyo ni atención del sistema financiero. Además, dieron con otro hallazgo: ¡El pobre es «buena paga»! Antes de alcanzar el limitado acceso que hoy tiene al microcrédito bancario, el emprendedor de los sectores populares debía recurrir al prestamista, que le ofrecía recursos escasos a tasas de usura y bajo amenaza de daños físicos, en caso de insolvencia. Ahora, con la conexión al mundo de los servicios bancarios, el pobre puede disfrutar de un financiamiento en condiciones más justas. La banca descubrió que, pese a las consejas prejuiciosas sobre la supuesta flojera de nuestro pueblo, en Venezuela el pobre es serio y responsable con sus compromisos porque tiene que echar adelante, debe sobrevivir.

Lamentablemente hay sectores de la población que no han tomado conciencia del inmenso país popular. Estos venezolanos, que gracias a su mérito profesional y a la calidad de su esfuerzo productivo han logrado una cierta calidad de vida, fabrican en sus mentes una especie de burbuja y viven allí encerrados, con su trabajo bien remunerado, su apartamento cómodo, su carro con aire acondicionado y vidrios ahumados, su colegio bilingüe y su centro comercial con estacionamiento y seguridad privada. Confunden algo tan complejo como la vida con los hábitos de la existencia aco-

modada. Incluso llegan a pensar que su burbuja es el país verdadero. ¡Craso error! Estos venezolanos se engañan al creer que Venezuela es una nación rica, cuya geografía es afeada por unos aislados bolsones de pobreza, por unos escasos cinturones de miseria. La verdad es muy distinta. En Caracas, por ejemplo, no se puede ir a ningún punto de la ciudad sin pasar por dos o tres barrios. La pobreza en Venezuela no es

«En materia de cobertura periodística, ese nuevo actor político que es el ciudadano movilizado está como el coronel de García Márquez: aún no tiene quien le escriba»

«periférica». Opulencia y precariedad se alternan en el paisaje urbano, creando contrastes violentos. La idea de los llamados «cinturones de miseria» en torno a un centro urbano próspero no se aplica a Venezuela. En realidad, social y espacialmente nosotros somos un país entreverado.

¿Cómo revertir, en algunos sectores de la clase media, la apreciación de que los pobres merecen su suerte, por ser flojos, propensos a depender de becas y subsidios?

Aunque nos cueste apreciarlo existen numerosos esfuerzos de lado y lado para armonizar la vida en sociedad. La experiencia exitosa del emprendimien-

to popular echa por tierra el prejuicio de los pobres flojos y pedigüños. En Venezuela han pasado muchas cosas. Según estadísticas de Conindustria, el país tiene cuarenta por ciento menos empresas que en 1998. En el plano humano, los cierres de empresas se expresan en millares de hogares sin ingresos ni medios económicos. La mayoría de estos padres y madres de familia se niegan a sucumbir a los subsidios del proyecto paternalista del Estado. Tampoco desean apelar a la violencia o al robo como medios para sobrevivir. Por eso se han convertido en emprendedores populares. Los barrios constituyen, desde el punto de vista económico, un hervidero de creatividad y productividad. En la calle de un barrio te puedes topar con una infinidad de negocios: alquiler de celulares, reparación de electrodomésticos, talleres automotrices, salones de belleza, cibercafés, expresiones de la voluntad del venezolano de ser emprendedor en uno de los países donde es más difícil serlo: la Venezuela de hoy.

¿Cómo afecta la crisis eléctrica la productividad de los emprendedores populares?

Gracias a su mayor músculo financiero, las grandes empresas enfrentan la crisis en el suministro de energía eléctrica comprando plantas y montando sistemas redundantes. En cambio, la suerte de los emprendedores populares se encuentra indisolublemente atada

al sistema eléctrico convencional. En el Radar de los Barrios podemos dar fe de las consecuencias de los apagones en las zonas pobres. Los emprendedores han perdido equipos electrodomésticos y de refrigeración, materias primas y clientes. Además, no hay que olvidar que en este tipo de iniciativas aún se está lejos de nociones como «flujo de caja», «fondo de contingencia» u otras herramientas. De hecho, varios apagones en una semana pueden colocar una experiencia de emprendimiento popular al borde del cierre. Más allá de las diferencias a la hora de enfrentar el colapso eléctrico, el emprendimiento popular ha permitido tender un puente entre el barrio y los empresarios formales, emplazados en la cuadrícula urbana, que

han reforzado su compromiso con propuestas como la responsabilidad social empresarial o los modelos de negocios inclusivos.

Pero parecen ser todavía muy pocos los empresarios con sentido social...

No son tan pocos, están creciendo. Cada día hay más conciencia en el empresariado de que la lucha por los valores y principios de la libre empresa, la libre iniciativa y la libertad de trabajo se puede ganar si y sólo si se da de la mano con las grandes mayorías populares. Ese es el primer llamado del

nuevo presidente de Fedecámaras, Jorge Botti, que específicamente llama a una alianza de empresarios con trabajadores y comunidades. En los barrios somos muchos los que estamos listos para integrar esa alianza, una alianza que no está dirigida contra nadie sino a favor de todos, conviviendo en el marco de una economía social de mercado y de un Estado Social de Derecho y de Justicia, como lo pauta la Constitución.

Muchos expertos señalan que el sistema político venezolano está en manos de un particular, que lo abarca y lo centraliza todo. En

este contexto, ¿cómo debería ser la relación entre la política, vista como acción ciudadana, y los sectores populares?

En la Venezuela de los años cuarenta del siglo XX emergió un nuevo actor político, Acción Democrática, que fue vehículo de un gran fervor popular. Su sectarismo le costó al país diez años de dictadura; en los años noventa apareció otro actor político, novedoso para aquel entonces. No era un partido, sino un movimiento aluvional: el chavismo, que también en sus inicios fue expresión de los deseos de amplios sectores populares, y cuyo sectarismo —llevado al extremo de hegemonía totalitaria— no sabemos aún cuánto nos costará. En nuestro activismo comunitario hemos podido percibir cómo en los primeros años del siglo XXI ha emergido otro actor político en el país. Este nuevo actor no es el chavismo oficial ni la oposición convencional: es el pueblo en la calle, es el ciudadano movilizado.

¿Y con cuál causa política se identifica este ciudadano movilizado?

No dudo que, en un primer instante, el ciudadano movilizado se haya identificado con el chavismo. No en balde el candidato Hugo Chávez representaba en 1998 la posibilidad de ruptura con un orden percibido como socialmente injusto y políticamente agotado. Sin embargo, doce años de una pésima gestión de gobierno han hecho que la gente de los barrios se replantee el vínculo afectivo, primero con el gobierno, y luego con su líder y principal referente político.

Existen ejemplos protuberantes que confirman al ciudadano movilizado como el actor emergente de nuestro tiempo político. Allí están los trabajadores petroleros. Derrotas sucesivas en las elecciones sindicales llevaron al gobierno a suspender, por medio del CNE, los comicios entre los trabajadores. Cuando estuvo seguro de ganar, porque Rafael Ramírez había logrado unificar la diáspora oficialista a punta de prebendas y presiones políticas, el gobierno convocó las elecciones. Sin embargo, una plancha alternativa, que en ningún momento se declaró peleada con el presidente Chávez sino con el ministro Ramírez, obtuvo un cuarenta por ciento de la votación. Pasadas las elecciones, casi toda la dirigencia sindical petrolera se unificó en su rechazo a las reiteradas



violaciones contractuales perpetradas por el patrono-gobierno. Todo este interesante proceso de evolución política ocurrió sin que los principales medios de comunicación se diesen cuenta.

¿Vivimos, entonces, tiempos de transición?

La turbulencia política que estalló en 1989 pica y se extiende. Tuvo unas expresiones insurreccionales en 1992, otras electorales en 1998, muchas vinculadas a la resistencia ciudadana frente a un proyecto autoritario iniciada en el año 2000 con la lucha contra el Decreto 1011 en educación. Desde entonces hasta hoy seguimos en un proceso político extremadamente agitado. Aquí no hay nada «estabilizado» o «cristalizado», mucho menos «irreversible»...

El ciudadano movilizado, caracterizado por usted como el principal actor político de la actualidad, ¿tiene poder para poner y quitar candidatos?

Ese no es el punto. Yo colocaría el razonamiento al revés: ¿tienen los candidatos la capacidad real de expresar las luchas por una vida mejor desarrolladas por la ciudadanía movilizada, o seguirán —desde ambos bandos— intentando desmovilizar a la gente con pulsiones básicas como la rabia o el miedo?

¿Se puede percibir ese grado de conciencia en casos más específicos?

Por supuesto. El caso de los trabajadores de Ferrominera, Alcasa, Venalum y Carbonorca es un ejemplo muy claro. Igual ocurre en el mundo sindical petrolero de Anzoátegui, Monagas y Zulia, y en empresas como Cemex o en Refractorios CVG (antigua Cerámicas Carabobo). En todos estos casos, la más contundente oposición a las estrategias gubernamentales proviene de amplios sectores de trabajadores que en el 2002 lucharon junto al oficialismo contra el paro, o que más recientemente aplaudieron sin reservas la estatización de esas industrias. El cambio en la actitud y la conducta de estos trabajadores están más vinculados a la propia experiencia, al desengaño concreto por la ineficiencia, la corrupción y la violencia antiobrera del oficialismo, que a un relativo éxito de la prédica de la oposición convencional.

Un caso muy interesante de fortalecimiento de esta capacidad de crítica

es el de los damnificados mudados a los centros de refugio por el presidente de la República. A finales de 2010, el gobierno informó de unas 130.000 familias damnificadas. Pero en febrero de 2011 el presidente sólo reconocía la existencia de 30.000. ¿Qué milagro hizo posible que la cifra se redujera de esa manera en apenas once semanas? Ninguno. Lo que hubo allí fue una estrategia siniestra del gobierno, un maltrato generalizado que llevó a muchas familias a escapar del lugar y buscar un

«Hay personas que no militan en una tolda política, pero viven todo el día con un partido político en la cabeza»

«refugio solidario», como se conoce en el argot oficial la posibilidad de vivir arrimado en casa de familiares o amistades. Pero los damnificados que resisten los abusos del gobierno no se callan. Han perdido el miedo y Venezuela los ha visto protestar en calles y avenidas, en demostraciones que han sido ampliamente reseñadas por los medios de comunicación... básicamente porque interfieren el tránsito automotor. Los damnificados que en diciembre de 2010 fueron usados para recibir con banderitas en las manos la visita del presidente Correa al refugio de Fuerte Tiuna, son los mismos que apenas cuatro meses después han cerrado la Autopista Valle-Coche en más de una oportunidad.

En el alto gobierno argumentan que estos damnificados actúan bajo la manipulación de la «canalla mediática».

Ya quisiera alguien tener el poder de propiciar el tipo de conductas y respuestas que hemos visto en los últimos tiempos. La verdad es que el país experimenta una dinámica social muy intensa que no puede interpretarse o resumirse a la luz de los esquemas de la política tradicional, ni según los estereotipos alimentados por la dicotomía chavismo-oposición.

A su juicio, ¿pueden existir soluciones en el marco de la política tradicional, aquella que antecedió a la polarización de la sociedad venezolana?

No deseo descalificar la modalidad de activismo que he denominado política tradicional, por razones de simplificación del discurso. Lo único que deseo rescatar es la distancia que existe entre

esa visión de la movilización social y lo que ocurre actualmente en los barrios venezolanos. Una observación: no hace falta que alguien esté inscrito en algún partido para que actúe como un político convencional. De hecho, hay personas que no militan en una tolda política, pero viven todo el día con un partido político en la cabeza. En ambos casos, tanto para las organizaciones partidistas como para ciertos «partidos» casi unipersonales, vale la misma reflexión: «Antes» la lucha social era una conse-

cuencia del activismo partidista, al «bajar línea» hacia sus «frentes de masas». Hoy saben de la lucha social (desarrollada a veces por sus propios militantes) por la prensa, y se apresuran a mencionar esos episodios en sus ruedas de prensa o en sus correos electrónicos, para aparecer como «enterados».

Al desdibujarse la concepción convencional de la política entran en crisis los usos tradicionales que rigen la cobertura periodística del hecho político. Años atrás, para escribir sus noticias y reportajes, a los periodistas les bastaba conocer las opiniones y los movimientos de los dirigentes partidistas. Pero, ¿cómo actúan cuando la noticia emana del ciudadano movilizado? ¿Quién debe cubrir la protesta de los damnificados en las inmediaciones de Fuerte Tiuna? ¿Los reporteros de la fuente de Política, los de la fuente de Ciudad, los de la fuente de Comunidad o los de la fuente Militar? Como al coronel de García Márquez, el ciudadano movilizado aún no tiene quien le escriba...

¿De qué manera se materializa la lucha del ciudadano movilizado contra el poder público que pretende violar o desconocer sus derechos?

A veces se materializa de manera casi épica, como cuando los damnificados refugiados en Fuerte Tiuna, en la base aérea de La Carlota o en el Círculo Militar del estado Vargas salen a la calle a protestar, a pesar de que, cuando llegue la noche, tendrán que dormir a la sombra de los mismos fusiles que desafiaron a la luz del sol. ¡Eso es valentía!

Hay otra protesta, menos desesperada, hecha por ciudadanos más pragmáticos, con los pies bien puestos en la tierra. Estas personas salen a

reclamar con su franela roja y su boina roja bien puestas. Su argumento: los ministros no nos pueden pisotear porque estamos con Chávez y con el proceso. ¿Puro masoquismo? No lo creo. El razonamiento es muy lógico: «Me peleo con los ministros porque son los que me niegan ahora lo que antes me ofrecieron, pero no me voy a pelear con Chávez porque él es, en última instancia, quien podría ayudarme o darme respuesta. Además, no puedo contar con una oposición que no está conmigo en el sitio en que vivo y lucho (el cerro, el «bloque», el refugio), no está en las radios que oigo ni en los periódicos que veo».

¿Se ha modificado esa relación entre simpatizantes prooficialistas de los sectores populares y funcionarios del gobierno, como consecuencia de la enfermedad del presidente Chávez?

Mucho se ha hablado, a raíz de la situación de salud del presidente, sobre enfrentamientos entre grupos y facciones en la cúpula del chavismo burocrático. Se especula sobre enfrentamientos entre los grupos de Jaua contra Cabello, de Maduro contra Adán Chávez, de militares contra civiles, de supuestos radicales contra presuntos moderados. Pero no se ha advertido que la fractura más grave en el oficialismo es entre su base social y toda la costra burocrática. Durante los últimos seis años se ha venido escuchando con intensidad creciente en el chavismo de base la opinión de que «El presidente es bueno, pero está mal rodeado», «Él tiene buenas intenciones, pero quienes lo rodean le ocultan la verdad», «Si el presidente supiera lo que sus ministros nos están haciendo, esto no pasaría», etc. Y esas percepciones de la base prooficialista fueron reforzadas por conductas y mensajes explícitos del propio presidente, que no vacilaba en regañar, ridiculizar o contradecir públicamente a sus colaboradores más cercanos.

Durante mucho tiempo hemos tenido en la Presidencia de la República a una persona enferma de mesianismo, de egolatría, a quien con cursilería infinita llegaron a llamar «hiperlíder». Tener a un presidente enfermo puede ser malo. Tener a un enfermo de mesianismo como presidente es mucho peor. Lo absurdo de ese culto a la personalidad está a la vista en estos momentos: el presidente ahora hace llamados «a la unidad» para que sus simpatizantes

apoyen a sus ministros, y lo reiterado de tales llamados revela su ineficacia. No puede ser de otra manera. El chavismo sin Chávez es un arroz con pollo sin pollo, es una oferta sin compradores. El pueblo chavista tiene largas facturas que cobrarle a todos y cada uno de los miembros de la *nomenklatura*, y —en estos tiempos de exaltadas emociones asociadas a la política— el chavismo sin Chávez no posee ningún ascendiente afectivo, moral o político sobre su propia base social. Sin liderazgo político propio, el gobierno de Chávez sin Chávez es literalmente un cheque sin fondos. Porque la estrategia de supervivencia de esta ficción gubernamental es doble: por un lado, procuran ganar tiempo, haciendo uso y abuso de un «Chávez virtual» que pretende «gobernar» vía Twitter, llamadas telefónicas, videos pregrabados y apa-

«¿De qué modo puede percibirse como sincera, no artificial ni interesada, la presencia de la oposición política al lado de los ciudadanos en lucha? Acompañando a la gente en la esperanza, para luego poder estar junto a ella en el logro o en la protesta»

raciones fugaces. Por otro, apelan cada vez con mayor facilidad a la represión pura y dura para enfrentar la protesta social, incluso de la de sectores cercanos al chavismo.

En el contexto de lo que usted denomina creciente separación del chavismo oficial del pueblo, ¿es posible optimizar la cercanía y la comunicación entre el pueblo y el liderazgo opositor?

Mejorar la conexión de quienes quieren encarnar la alternativa democrática con la lucha social sí es posible, pero no es un asunto de retórica. No se trata de «cambiar el discurso». ¿De qué modo puede percibirse como sincera, no artificial ni interesada, la presencia de la oposición política al lado de los ciudadanos en lucha? Pues acompañándolos en primer lugar en la esperanza: «¿Quieres tener una casa? Perfecto, vamos a buscarla, vamos a pelear juntos, te apoyo en la esperanza de tenerla. ¿No sirvió de nada? Entonces, vamos a protestar, a presionar juntos». Pero, del mismo modo como resulta inadecuado tratar al chavismo como una totalidad homogénea, es impropio despachar a la oposición como un bloque monolítico. Los casos de Henrique Capriles Radonski, Andrés Velásquez, Carlos Ocariz, William Ojeda, Leopoldo López

o Alfredo Ramos, entre muchos otros, demuestran que hay líderes opositores que ajustan su discurso político a la realidad social de las mayorías venezolanas. Es necesario ahora que esos ejemplos pasen a ser el discurso político dominante en la oposición.

Pero, en su mayoría, los dirigentes del chavismo participaban activamente en la política tradicional, aquella que se hacía en el llamado período de la «democracia puntofijista». ¿Acaso ellos no están también a años luz de las realidades del barrio y la lucha social?

Por supuesto que sí. Los dirigentes del chavismo, cultores de la personalidad del presidente, se comportan de manera casi esquizofrénica ante el con-

cepto de representación, al satanizar el modelo de la democracia representativa pero sostener como una norma de fe que Hugo Chávez «representa» a la totalidad de los venezolanos o, peor aún, que Chávez «es el pueblo». El régimen de Chávez no es comunista, socialista ni marxista: es chavista, y para tratar de consolidar la hegemonía de la *nomenklatura* sobre el pueblo no vacila ante la fratricida perspectiva de promover enfrentamientos entre sectores del mismo pueblo: constructores contra compradores, propietarios contra arrendatarios, médicos contra usuarios de hospitales, etc. El chavismo burocrático en realidad no promueve la lucha de pobres contra ricos por una sencilla razón: los nuevos ricos son ellos mismos, y sus testaferros. En su lugar, promueve irresponsablemente el enfrentamiento de pobres contra pobres.

Lo deseable para el país sería que el chavismo dejara de ser un movimiento aluvional en torno a un líder carismático y que pasara a ser un movimiento político organizado, con un liderazgo colectivo, una propuesta programática y una institucionalidad que trascienda el dedo del caudillo. También sería deseable para Venezuela una alternativa democrática con un profundo compromiso social, una visión de futuro consensuada y un liderazgo legitimado.

Con actores así, el país puede aspirar a construir soluciones a la crisis con las herramientas de la política. Esto es clave, porque, cuando los conflictos no se disipan mediante la política, terminan resolviéndose por otros medios. Y ese escenario no lo deseamos quienes vivimos, trabajamos y luchamos en los sectores populares, porque algo hemos aprendido: cuando las crisis son resueltas mediante herramientas distintas a las de la política, otros ponen los discursos, mientras los pobres ponen los muertos.

Usted conduce un programa de denuncia periodística que tiene presencia en radio, televisión e internet. ¿Qué piensa de quienes critican a los medios de comunicación por magnificar las huelgas y medidas de protesta emprendidas por los sectores populares? A su juicio, ¿el malestar social es realmente un dato objetivo?

Las estadísticas elaboradas por Provea confirman que es un dato real. En el año 2009 hubo casi cuatro mil protestas. La cantidad se repite para el año 2010. Pero, para el primer semestre de 2011, las cifras nos llevan a vaticinar un incremento sensible del número de protestas. Desde el punto de vista social se confirma la famosa frase de Guzmán Blanco: Venezuela es un cuero seco. Y lo que más llama la atención es que al menos la mitad de las protestas tienen como autores a las bases populares del chavismo.

¿Quiénes protestan tienen alguna esperanza de ser tomados en cuenta?

Cuando hablamos de liderazgo político hay que apuntar que la capacidad para generar esperanzas en la población es un tema clave. Lamentablemente, una de las principales carencias del discurso político de la oposición es su nula capacidad para despertar la esperanza popular. No es un problema de inteligencia. En las filas de la oposición convencional existen personas muy talentosas. La cuestión de fondo ha sido la sobredosis de *real politik* que la oposición tradicional tuvo que ingerir para posibilitar en su seno la alianza de fuerzas políticas tan disímiles, muchas desprendidas de las filas del chavismo. La urgencia de mantener el consenso entre, por ejemplo, una fuerza como

El Radar de los Barrios

La Asociación Civil Radar de los Barrios es una red de líderes y activistas con presencia en poco más de 600 comunidades populares de la Gran Caracas (Caracas, Guarenas, Guatire, Valles del Tuy, Altos Mirandinos y el estado Vargas). Es un número pequeño, si se considera que en Petare existen 2.500 barrios; y en el Municipio Libertador, 1.783. En la Gran Caracas, las autoridades hablan de poco menos de 6.000 barrios, mientras que en Venezuela hay no menos de 20.000.

Un tercio de los integrantes de la Asociación milita en partidos políticos de oposición. Otro tercio proviene de las filas del oficialismo, o de los simpatizantes del presidente Chávez. El resto de los miembros del Radar está constituido por personas descontentas con las actuaciones del gobierno y de la oposición.

El Radar cuenta con una plataforma comunicacional multimedia: un programa radial, con seis años de antigüedad, que sale en vivo por la emisora Radio Caracas Radio 750 AM; un programa de televisión, transmitido de lunes a viernes por Globovisión; una columna semanal publicada en el periódico matutino *La Voz*; un blog y una cuenta en Twitter con 70 mil seguidores.

«Uno de los principales objetivos de la Asociación Radar de los Barrios es acercar a los dos países tallados por el proceso de polarización», afirma Jesús Torrealba. «Al país que habita en la cuadrícula urbana formal le llevamos noticias del otro país, mucho más numeroso, que habita en los barrios. También lo contrario: a ese país que habita en los barrios le llevamos noticias del otro país que habita en la cuadrícula urbana formal. Para todo ello existe el Radar de los Barrios».



Copei y una fuerza como Bandera Roja los llevó a vetar en su discusión interna un tema fundamental: el futuro. La oposición dice: «No hablemos del futuro, porque nos divide. Mejor concentrémonos en enfrentar al gobierno y salir de Chávez».

Lo peor de este razonamiento engañoso es que, al no hablar de futuro ni de propuestas de cambio, la oposi-

ción tradicional está imposibilitada de enamorar y atraer a esa enorme franja estadística que representa el «chavismo desencantado». La consigna desgastada de «¡Chávez vete ya!» carece del valor simbólico suficiente para lograr el enganche emocional. Quien evita hablar del futuro evita también hablar de la esperanza. Con su consenso pragmático, la oposición le deja a

Chávez el monopolio de la droga más adictiva, poderosa y barata que existe: la esperanza.

Tenemos un ejemplo claro a propósito de la Gran Misión Vivienda Venezuela. Chávez anuncia la construcción de dos millones de viviendas en seis años. Ante la imposibilidad de que el gobierno cumpla esa promesa, la oposición no tiene mejor idea que burlarse de los proyectos chavistas; por su parte, los expertos se extasían en sumas, restas, multiplicaciones y divisiones para entendidos en matemáticas. Ambos sectores olvidan que para los pobres y las parejas de recién casados la vivienda es un problema real. Ellos no necesitan escuchar las ironías y chistecitos sobre la oferta chavista. Desean saber cuáles son las soluciones que propone esa gente que se la pasa diciendo que ya está preparada para tomar las riendas del país.

Mientras la esperanza chavista se desvanece, y ninguna esperanza opositora la sustituye, se instala la desesperanza. ¿Es ese uno de los componentes principales de la violencia social?

El papel de la política es ofrecer precisamente un horizonte de esperanza. Plantear proyectos colectivos como respuesta a problemas colectivos. Cuando la esperanza desaparece de la oferta política (en el caso del chavismo, por desgaste; en el caso de la oposición, por defecto de diseño) se instala efectivamente la desesperanza y la anomia, que a los efectos prácticos se traduce en una especie de «todos contra todos», pues ante la inexistencia de propuestas colectivas cada quien procura su «solución» individual. En materia de seguridad, por ejemplo, en muchas comunidades humildes la gente ya no pide policías eficientes ni profesionales. La gente ya no cree en eso, no tiene esperanza sobre eso. Desgraciadamente se recurren a la monstruosidad del linchamiento a los delincuentes o a las cayapas a los in-

vasores de casas y terrenos. También se apela en algunas ocasiones al expediente del «sicariato», como sucedáneo de la administración de la justicia.

Desde el punto de vista comunicacional, ¿qué limitaciones presentan las comunidades populares para hacer llegar sus puntos de vista a la opinión pública?

Nuestra práctica diaria nos permite corroborar, de primera mano, las muchas limitaciones que tienen las comunidades populares para efectuar una comunicación horizontal y directa entre sus miembros. Años de pasividad crearon en el

«El chavismo burocrático en realidad no promueve la lucha de pobres contra ricos por una sencilla razón: los nuevos ricos son ellos mismos, y sus testaferros. En su lugar, promueve irresponsablemente el enfrentamiento de pobres contra pobres»

barrio el hábito de privilegiar la comunicación vertical con las instancias del poder: el medio, el partido, el organismo público, el gobierno. La cultura clientelar no la inventó el chavismo. Es un elemento inherente al Petroestado. Al no existir una comunicación horizontal en los barrios venezolanos, no hay modo de capitalizar las experiencias y los saberes. Por ejemplo, la gente de Caucagüita (la última comunidad caraqueña del extremo este) no tiene la menor idea de lo que hacen, por ejemplo, los vecinos de Nueva Tacagua (la última comunidad caraqueña del extremo oeste) para solucionar los problemas del sector.

¿Cuál es el objetivo del Radar de los Barrios?

En primer lugar está justamente romper la incomunicación entre las comunidades populares creando un espacio físico (la red de activistas comunistas, la asociación civil Radar de los Barrios) y un espacio virtual en prensa,

radio, televisión e internet para facilitar el encuentro de las comunidades populares entre sí mismas y entre ellas y los sectores medios de la población.

También hemos asumido como responsabilidad contribuir en la construcción de ciudadanía. Por supuesto, reconocemos que Venezuela atraviesa por una crisis de liderazgo; pero mucho antes que la crisis de liderazgo, el país sufre una crisis de «siguerazgo»: muchos compatriotas están acostumbrados a seguir, de una manera pasiva y acrítica, a cualquier político, militar o figura de la antipolítica. Creemos que para tener mejores líderes primero es necesario contar con mejores ciudadanos, con hombres y mujeres de fuerte autoestima, exigentes

ante la autoridad constituida, comprometidos con el seguimiento y el control de las políticas públicas.

También queremos que la gente de los sectores populares pueda volver a soñar con un futuro y no vea la movilidad social como una utopía. Tras cinco megadevaluaciones en los últimos veinte años, la gente que vive en el barrio no considera real la posibilidad de mudarse a una mejor zona residencial y así mejorar sustancialmente su calidad de vida. Piensa más bien que, con mucha suerte, acaso muera de vieja en el barrio. Esto es congruente con la política del gobierno, que en vez de superar la pobreza plantea como objetivo «hacerla vivible», por aquello de que «ser rico es malo». He allí una paradoja importante: aunque la oposición le ha dejado a la propaganda gobiernera el monopolio de la esperanza, la recuperación de la esperanza pasa precisamente por vencer a un proyecto político que jamás vencerá a la pobreza porque se nutre de ella. ■



INTERNET Y LOS NEGOCIOS

MANUAL PARA APROVECHAR LAS VENTAJAS DE INTERNET EN SU EMPRESA

CARLOS JIMÉNEZ

Ediciones 

0212-555.42.63
edies@iesa.edu.ve

Internet no es el futuro, es el presente de los negocios. No obstante este futuro promisorio, las empresas han estado rezagadas en su aprovechamiento de internet y se han mostrado extremadamente cautelosas a la hora de invertir en los medios digitales. Las oportunidades existen; queda de parte de las empresas identificarlas y traducirlas en negocios concretos.